

UNA VUELTA POR EL LAGO.

Ginebra es despues de Nápoles, una de las ciudades mas felizmente situadas del mundo. Acostada negligentemente como si apoyase su cabeza en la base del monte Salive, extiende sus piés hácia el lago que cada ola viene á besar, parece que no tiene otra ocupacion que la de mirar con amor las mil villas ó quintas sembradas en la falda de su nevada montaña que se extienden á su derecha ó coronan la cúspide de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A un signo de su mano ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares, que se deslizan por la superficie del agua ligeras y blancas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con su quilla; bajo un cielo tan hermoso delante de aguas tan bellas, parece que sus brazos le son inútiles y que no tiene mas que respirar para vivir: sin embargo, esta odalisca indolente, esa sultana pere-

zosa en la apariencia, es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta cochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Ginebra, como indica su céltica etimología, fué fundada hace unos dos mil quinientos años poco mas ó menos; César en sus Comentarios latinizó la bárbara é hizo de Genen *Geneva*. Antonino á su vez cambió en su Itinerario este nombre en el de *Genabum*. Gregorio de Tours en sus crónicas la llama *Janova*; los escritores del octavo al décimoquinto siglo la designaron bajo el de *Gevenna*; en fin, en 1536 tomó la denominacion de Ginebra que no ha abandonado desde entonces.

Las primeras noticias que la historia ofrece sobre esta ciudad nos han sido trasmitidas por César, este nos dice que se estableció en Ginebra para oponerse á la invasion de los helvecios en las Galias, y que encontrando la posicion favorable para un establecimiento militar, se atrincheró allí. Entonces edificó en la isla que divide el Ródano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó, pues, á la dominacion romana y adoptó los dioses del Capitolio: construyóse un templo á Apolo en el sitio ocupado hoy por la iglesia de San Pedro, y una roca que salia del lago á distancia de cien pasos casi de la orilla, debió á su forma y á su situacion en medio de las aguas el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. Hácia el principio del siglo xvii se han encontrado en las excavaciones hechas en su base, dos pequeñas hachas y un cuchillo de cobre que servian para degollar los animales destinados al sacri-

ficio. En nuestros días aquel altar de Nepluno se llama buenamente la piedra de Nilon.

Ginebra vivió sometida á los Romanos durante el espacio de cinco siglos. En 426 la irrupcion de los bárbaros que se desbordó sobre la Europa la inundó con sus olas. Los Burghunds la hicieron una de las capitales mas importantes de su reino. Por este tiempo fué cuando el rey de los Francos Hlodewig envió á pedir su sobrina Hlod-Hilde al rey de los Burghunds Gunde-Bal, para esposa; un esclavo romano, cuyos antepasados quizá habian mandado en la Helvecia y la Galia en tiempo de Julio César, fué á presentar humildemente á la jóven el sueldo de oro que le enviaba el jefe de los Francos: la jóven habitaba el palacio de su tío, situado donde está hoy día la arcada de Jour.

La dominacion de Ost-Goths sucedió á la de Burg-Hunds, pero no poseyeron á Ginebra mas que quince años; el rey de los Francos se la tomó y la unió de nuevo al reino de Borgondie, quedando de capital hasta el año 858. A la muerte de Ludovico Pio le tocó en la division á Lod-Hero, pasando de sus manos á las del emperador de Germania; conquistada luego por Carlos el Calvo, que la legó á su hijo Ludovico, quedando á la muerte de este unida al reino de Arles. Reconquistada despues de 888 por Carlos el Gordo, vino á ser la capital del segundo reino de la Borgoña, hasta 1032, época en la cual fué definitivamente reunida al imperio por Conrado el Sáfico, que se hizo coronar el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Seria demasiado largo seguirla en sus contiendas

con los condes de Ginebra y los condes de Saboya; bastará decir que en 1401 pasó definitivamente á poder del último.

Una gran transformacion social se verificaba en aquella época en toda la Europa. Los departamentos de Francia se habian emancipado desde el siglo xi, en el xii se habian erigido en repúblicas las ciudades de Lombardia, y á principios del xiv se habian entregado al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalde, habiendo puesto la base de la confederacion que debía un dia reunir á toda la Helvecia. Ginebra, colocada en medio de este triángulo popular, sintió á su vez el fuego santo que la libertad le echaba á la cara.

En 1519 contrajo una alianza con Friburgo, y poco despues se unió estrechamente con el canton de Berna, de cuya union nacieron niños que fueron grandes hombres, aparecieron apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonnivard, sepultado por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pecolat se cortó la lengua con los dientes en medio de los tormentos, y se la escupió al verdugo que le decia denunciase á sus cómplices; por último Berthelier, conducido al cadalso en la plaza de Ile, y apremiado á pedir perdon al duque, respondió: « Los criminales deben pedir perdon, y no los hombres de bien. Que se lo pida á Dios el duque que me asesina, » y puso su cabeza sobre el tajo.

La religion reformada hizo dar un gran paso á los pueblos, que fatigados con este paso descansan

desde entonces; introdujose en Ginebra despues de haber recorrido gran parte de la Alemania y de la Suiza, y convirtió en poderosa auxiliar á la libertad, y añadió á los odios políticos los religiosos. El obispo Pedro de la Beaume abandonó á Ginebra en 1535 para no volver nunca mas á ella, y se proclamó la república.

En 1536 se estableció Calvino en Ginebra; le ofreció el consejo una plaza de profesor de teología. La austeridad de sus costumbres, la aspereza de su elocuencia, y la rigidez de sus principios, le dieron sobre sus conciudadanos una influencia que no pudo hacerle perder el suplicio de Servet, y cuando murió, en 1554, dejó á la pequeña ciudad de Ginebra, capital de un nuevo mundo religioso; era la Roma protestante.

El duque Carlos Manuel de Saboya hizo la última tentativa para recobrar á Ginebra en 1602, pero fracasó. Es conocida en los anales ginebrinos con el nombre de la *Escalada*, porque hizo escalar las murallas por un cuerpo escogido, y sorprendió por la noche la ciudad indefensa. Sus habitantes medio desnudos y medio armados le arrojaron de ella, y consagraron el aniversario de esta victoria con una fiesta nacional que aun se celebra hoy.

Los siglos xvii y xviii fueron siglos de descanso para Ginebra, durante este tiempo; su comercio, que data de aquella época, tomó tal incremento, que aun hoy la industria es el todo y la propiedad nada. Si todos los ciudadanos del canton reclamasen su parte de terreno, apenas podría obtener cada uno diez piés cuadrados.

Napoleon halló á Ginebra reunida á la Francia, y durante doce años la cosió cual una franja bordada de oro á su manto imperial. Cuando en 1814 los reyes hicieron pedazos y se repartieron este manto, todos los pedazos cosidos por el imperio se les quedaron en las manos. El rey de Holanda tomó la Bélgica, el rey de Cerdeña la Saboya y el Piamonte, el emperador de Austria la Italia. Quedaba aun Ginebra que nadie podia tomar y que no querian dejarle á la Francia. Un congreso se la regaló á la Confederacion suiza, á la que fué agregada con el título de Canton XXII.

Entre todas las capitales de Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los carruajes, y de los caballos. Sus tres mil obreros abastecen á la Europa entera de alhajas. Sesenta y cinco mil onzas de oro y cincuenta mil marcos de plata cambian de forma entre sus manos todos los años y sus salarios solos suben á dos millones ciento cincuenta mil francos.

El almacén mas elegante de bisutería en Ginebra, es el de Beutte sin contradiccion alguna; es difícil concebir en la imaginacion una coleccion mas rica de esas mil maravillas que pierden un alma femenino, es para volver loca á una parisiense y hacer estremecer de envidia á Cleopatra en su sepulcro.

Estas alhajas pagan un derecho para entrar en Francia: pero por un corretaje de un cinco por ciento, Mr. Beutte se encarga de hacerlas llegar por contrabando. El trato entre el comprador y vendedor se hace con ésta condicion públicamente,

como si no hubiese aduaneros en el mundo. Verdad es que Mr. de Beutte tiene una destreza maravillosa para dejarlos burlados. Una anécdota entre mil vendrá en apoyo del cumplido que le hacemos.

Cuando era director general de aduanas el señor conde de Saint-Crick, oyó hablar con frecuencia de esta habilidad, gracias á la cual engañaban la vigilancia de sus agentes; resolvió para asegurarse mejor él mismo ver si era verdad todo lo que se decía. El mismo se fué á Ginebra y se presentó en el almacén de M. Beutte, compró alhajas por valor de treinta mil francos, con condicion de que se las pusiesen en su casa de París sin pagar derechos. M. de Beutte aceptó la condicion como hombre acostumbrado á esta clase de contratos; solamente presentó al comprador una especie de recibo privado por el cual se obligaba á pagar además de los treinta y cinco mil francos de la compra, el cinco por ciento de costumbre; esto se sonrió, cogió una pluma y firmó: *El conde de Saint-Crick, director general de las aduanas francesas*; y entregó el papel á Beutte, que miró la firma y se contentó con responder inclinando la cabeza: « Señor director de aduanas, los objetos que me habeis hecho el honor de comprarme llegarán al mismo tiempo que vos á París. » Picado Mr. de Saint-Crick, apenas se detuvo un momento á comer, envió á buscar caballos de posta, y se puso en camino una hora después de concluido su trato.

Mr. de Saint-Crick al pasar la frontera se dió á conocer á los empleados que se acercaron para registrar su carruaje, contó al jefe de los aduaneros lo

que le habia pasado, recomendó la vigilancia mas estrecha en toda la línea, y prometió una gratificación de cincuenta luisas al empleado que cogiese las alhajas prohibidas; en tres dias no durmió ningun aduanero. Durante este tiempo M. de Saint-Crick llegó á París, se apeó en su casa, abrazó á su mujer y á sus hijos, y subió á su cuarto para quitarse la ropa de viaje.

La primera cosa que vió sobre la chimenea, fué una caja elegante cuya forma le era desconocida. Se acercó y leyó: *Sr. conde de Saint Crick, director general de aduanas*, escrito en un escudo de plata que la servia de adorno, lo abrió y encontró las alhajas que habia comprado en Ginebra.

Beutte se habia entendido con uno de los mozos de la fonda, que ayudando á hacer el equipaje á los criados de Mr. Saint-Crick, puso entre las demás cosas la caja prohibida. Llegados á París, el ayuda de cámara, viendo la elegancia del estuche y la inscripcion que tenia grabada, se apresuró á colocarla sobre la chimenea de su amo.

El director de aduanas era el primer contrabandista del reino.

Los demás objetos de contrabando que se encuentran en Ginebra, á mitad del precio que en París, son: telas de piqué, mantelerías y platos de loza inglesa; estos objetos están casi mas baratos que en Londres, pues para entrarlos en la ciudad en cuyas cercanías se fabrican, pagan un derecho mas considerable aun que el precio que cuesta su transporte á Ginebra. Por todas partes pagando el cinco por ciento se garantiza el paso en fraude de los objetos,

lo que prueba como se ve la utilidad de la triple línea de aduaneros que pagamos para guardar la frontera.

Aunque Ginebra ha sido la cuna de hombres de ciencias y de artes, el comercio es la única ocupación de sus habitantes. Apenas hay alguno que esté al corriente de nuestra literatura moderna; el último dependiente de una casa de comercio creo yo que se creería humillado si se pusiese su importancia en parangón con las de Lamartine y Víctor Hugo, cuyos nombres tal vez no hayan llegado hasta él. La sola literatura que aprecian es la del gimnasio; así es que cuando llegué á Ginebra revolvía la población Jenny Vertpré, graciosa miniatura de mademoiselle Mars. La sala del teatro estaba llena todas las noches hasta los corredores, y un alboroto estuvo á punto de estallar porque se prohibió á los abonados la entrada entre bastidores. De esta manera las declaraciones de amor tenían que pasar públicamente desde las butacas; pero por esto no disminuyó su número. Alguna que otra cayó de rebote entre mis manos y noté que se necesitaba más desinterés que virtud para resistir; eran por lo regular unas especies de facturas, en las cuales á una mujer bonita la valuaban al precio corriente de una perla fina.

La sociedad de los salones de Ginebra es en pequeño nuestra Chaussée-d'Antin, solamente que á pesar de sus fortunas adquiridas se conoce la primitiva economía por todas partes y á cada instante se tropieza con amas de gobierno. Nuestras damas en París tienen albums de un valor considerable, las de

Ginebra alquilan un album para las soirées y esto les cuesta diez francos.

Las únicas cosas que tiene que ver el extranjero de artes son: en la biblioteca un manuscrito de san Augustin en papiro; una historia de Alejandro por Quinto Curcio, encontrada entre los bagajes del duque de Borgoña despues de la batalla de Granson, y las cuentas de la casa de Felipe el Hermoso escritas en tabletas de cera. En la iglesia de San Pedro el sepulcro del mariscal de Rohan, amigo de Enrique IV y ardiente partidario de los calvinistas, muerto en 1638 en Koenigfelden, enterrado con su mujer la hija de Sully.

Por último, la casa de Juan Jacobo Rousseau, que indica una lápida de mármol negro colocada en la calle que lleva su nombre, sobre la cual está grabada esta inscripcion:

AQUÍ NACIÓ J. J. ROUSSEAU EL 28 DE JUNIO DE 1712.

Los paseos en las cercanías de Ginebra son deliciosos; á todas horas del día se encuentran elegantes carruajes dispuestos á conducir al viajero á todas partes donde le lleve su capricho ó su curiosidad. Despues de visitar la ciudad subimos en una carretela y partimos para Ferney; dos horas despues habíamos llegado.

La primera cosa que distinguimos antes de entrar en el castillo es una pequeña capilla cuya inscripcion es una obra maestra. No se compone mas que de tres palabras latinas:

DEO EREXIT VOLTAIRE.

Tenia por objeto probar al mundo entero, demasiado inquieto en las desavenencias de las criaturas y el creador, que Voltaire y Dios se habían al fin reconciliado. El mundo supo esta noticia con satisfacción, pero siempre sospechó que Voltaire había cedido el primero. Atravesamos un jardín, subimos una escalinata de dos ó tres escalones y nos encontramos en la antecámara; allí es donde se reúnen antes de entrar en el santuario los peregrinos que vienen á adorar al dios de la irreligion. El conserje les anuncia de antemano solemnemente que nada se ha cambiado en el mueblaje y que van á ver el cuarto tal como lo habitaba Mr. Voltaire. Esta allocucion pocas veces deja de producir su efecto. Y se ha visto á estas simples palabras, llorar á los abonados del *Constitucional*.

Nada hay mas prodigioso que el aplomo del conserje encargado de conducir al extranjero. Desde niño entró al servicio de este gran hombre, lo que hace que posea un repertorio de anécdotas relativas á él, que hacen permanecer con la boca abierta á los que las escuchan. Cuando entramos en su dormitorio una familia entera oia con avidez, colocada al rededor, las palabras que les dirigia. La admiracion que tenia por el filósofo se extendia casi hasta el hombre que le lustraba los zapatos y empolvaba su peluca; era una escena de la cual es imposible dar una idea, á menos de presentar á los mismos actores á los ojos del público: sépase solamente que cada vez que el conserje pronunciaba con un acento peculiar suyo el nombre de Mr. Arouet de Voltaire, á estas palabras sacramen-

tales llevaba la mano á su sombrero, y aquellos hombres, que tal vez no hubiesen sido para descubrirse delante de Cristo en el Calvario, imitaban religiosamente este movimiento de respeto.

Diez minutos despues, le tocó el instruirnos á nosotros. La sociedad pagó, entonces el cicerone nos pertenecía exclusivamente; nos paseó en un hermoso jardín, donde el filósofo tenia una vista hermosísima; nos enseñó el pasco cubierto, en el cual habia hecho su magnífica tragedia de Irene. De repente nos abandonó, para acercarse á un árbol, cortó con su navaja un pedazo de su corteza y me la dió. Me la llevé sucesivamente á la nariz y á la boca, creyendo seria una madera extranjera, con un olor ó sabor particular. Nada de eso, era un árbol plantado por Mr. Arouet de Voltaire. Tenia costumbre de dar á cada extranjero un pedazo igual. Este árbol tan digno estuvo á punto de morir de un accidente, hacia cerca de tres meses, y aun parecia bien enfermo; un sacrilego se habia introducido por la noche en el parque, y se habia llevado tres ó cuatro piés cuadrados de la santa corteza.

— ¿Será algun fanático de la Enriada el que habrá hecho esta infamia? dije yo al conserje.

— No, señor, me contestó, yo creo mas bien que habrá sido algun especulador, que habrá recibido encargo del extranjero.

— Magnífico, dije.

A salir del jardín, nuestro conserje nos llevó á su casa, queria enseñarnos el baston de Voltaire, que conservaba religiosamente despues de la muerte

del gran hombre, y concluyó por ofrecérmelo por un luis : los malos tiempos le obligaban á separarse de esta preciosa reliquia. Yo le contesté que era muy caro, y que habia conocido un suscriptor de la edicion de Touquet, al cual habia cedido otro igual, hacia ocho años, por veinte francos.

Nos subimos al carruaje, y partimos para Coppet, y llegamos al castillo de madama Staël : allí no hay conserje hablador, no hay iglesia á Dios, no hay árbol del que se pueda llevar uno una corteza, pero sí un hermoso parque, donde todo el pueblo puede pasear con libertad, y una pobre mujer, que vierte lágrimas verdaderas al hablar de su ama, y al enseñarnos el cuarto que habitó, y en donde nada queda de ella. La pedimos nos enseñase el bufete que estaba aun manchado de la tinta de su pluma, el lecho que debia estar aun caliente al exhalar su último suspiro, nada de esto ha sido sagrado para su familia. El cuarto ha sido convertido, creo que en un salon, los muebles no sé dónde los han llevado, quizá no habria en todo el castillo un solo ejemplar de la Delfina.

De esta habitacion pasamos á la de Mr. Staël, hijo; tambien allí la muerte habia entrado, la muerte habia encontrado donde cebarse, dos lechos estaban vacíos, una cama de hombre y una cuna de niño. Allí habia muerto Mr. Staël y su hijo, llevándose tres semanas el uno y el otro.

Pedimos ver los sepulcros de la familia, pero una disposicion testamentaria de Mr. de Neckér ha prohibido la entrada á la curiosidad de los viajeros. Habiamos salido de Ferney con una provision de

alegría, que parecia debia durarnos ocho dias; con las lágrimas en los ojos y el corazon oprimido, salimos de Coppet.

No teniamos tiempo que perder para tomar el vapor, que debia conducirnos á la Viana : le veíamos acercarse á nosotros, rápido, humeante y cubierto de espuma, como un caballo marino. En el momento en que creíamos que iba á pasar por delante de nosotros sin vernos, se paró de repente, vacilando con la sacudida; despues, puesto de lado, nos aguardó. Apenas pusimos los piés sobre el puente, volvió á empezar su carrera. El lago de Lemán es la mar de Nápoles, es su azulado cielo, sus aguas azules, y mas aun, sus sombrías montañas, que parecen apiñadas las unas sobre las otras, cual si fueran los peldaños de una escalera del cielo : solamente, que cada peldaño ó escalon tiene tres mil piés de alto. Despues, detrás de todo esto, aparece con su nevada frente el Monte Blanco, gigante curioso, que recrea su vista en el lago, por encima de los otros montes, que á su lado no son mas que cerros.

Así cuesta trabajo separar la vista de la orilla meridional del lago, para dirigirla sobre la orilla septentrional. No obstante, allí es donde la naturaleza ha derramado mas pródigamente las flores y los frutos de la tierra, que lleva en la punta de su falda : parques, viñedos, mieses, una aldea de diez y ocho leguas de largo, extendida de una á la otra punta de la orilla, castillos edificados en todos los sitios, variados al capricho, y llevando esculpidas — en sus frentes — fechas precisas de sus nacimien-

tos; en Nyon, edificios romanos, construidos por César; en Vuflans, un castillo gótico, levantado por Berta, la reina hiladora; en Morges, casas de campo ó villas, con preciosas azoteas, que cualquiera creeria trasladadas enteras desde Sorrento ó desde Bayas; luego en el fondo Lausana, con sus esbeltos campanarios, con sus casas blancas, que parecen á lo lejos una bandada de cisnes, secándose sus plumas al sol, y que ha colocado sobre la orilla del lago la aldea de Oulchy, centinela encargada de avisar á los viajeros, que no pasen sin rendir homenaje á la reina de Vaux: nuestro barco se acercó á ella como un tributario, y depositó una parte de sus pasajeros sobre la orilla. Apenas habia puesto el pié en el puerto, cuando divisé un jóven republicano, llamado Allier, á quien habia conocido en la época de la revolucion de julio, y que se habia refugiado en Lausana hacia un mes, por haber sido condenado, por un folleto que escribió, á cinco años de prision.

Era un hallazgo para mí, pues ya habia encontrado mi cicerone. Vino él á abrazarme así que me reconoció, aunque no habian mediado entre los dos relaciones de amistad. En aquel abrazo adiviné cuánto dolor habia en aquella pobre alma errante; efectivamente estaba atacado del mal del país. Aquel hermoso lago de maravillosas orillas, aquella ciudad situada en una de las posiciones mas encantadoras del mundo, aquellas pintorescas montañas; todo esto no tenia mérito ni encanto á sus ojos; el aire extranjero le sofocaba.

Como este pobre muchacho no se hallaba en si-

tuacion de satisfacer mi curiosidad, pues cuando le hablaba en suizo me respondia en francés, se ofreció á presentarme á un excelente patriota, diputado de la ciudad de Lausana, que le habia recibido como á un hermano de religion y que no le habia consolado, por la única razon de que en el destierro nadie halla consuelo.

Mr. Pellis es uno de los hombres mas distinguidos que he encontrado en todo mi viaje, por su instruccion, cortesania y patriotismo. Desde el momento que nos dimos la mano, nos hicimos hermanos, y durante los dos dias que permanecí en Lausana tuvo la bondad de suministrarme los mas preciosos datos y noticias sobre la historia, legislacion y arqueología del canton. Era un hombre muy versado en estas tres cosas.

El canton de Vaux, que linda con el de Ginebra, debe su prosperidad á una causa enteramente distinta de la de su vecino. Sus riquezas no son industriales sino territoriales; el terreno está dividido de modo que todos poseen; así que, de sus ochenta mil habitantes, los treinta y cuatro mil son propietarios.

El canton es, militarmente hablando, uno de los mejor organizados de la confederacion, y como todo vaudés es soldado, tiene siempre en tropas disponibles como en tropas de reservas, treinta mil hombres casi sobre las armas, que es la quinta parte de su poblacion. El ejército francés establecido bajo esta proporcion vendria á componerse de seis millones de soldados.

Las tropas suizas no reciben paga alguna, cum-

plen con servir en el ejército un deber de ciudadanos que no les parece gravoso. Todos los años pasan tres meses en un campamento para ejercitarse en las maniobras militares y acostumbrarse á las fatigas : de esta manera la Suiza encuentra siempre listo á su primer llamamiento de guerra un ejército de ciento ochenta mil hombres sin costarle absolutamente nada al gobierno. El presupuesto del nuestro, que presenta según creo una fuerza efectiva de cuatrocientos mil hombres, sube á cerca de 306,000,000 de francos.

No puede ser oficial ninguno que no haya servido dos años. Los candidatos son nombrados por el consejo de Estado á propuesta del cuerpo de oficiales. El que ha llegado á la edad de veinte y cinco años sin haber servido en algun cuerpo de preferencia, entra á servir en el depósito hasta la edad de cincuenta y queda incapacitado para ser oficial. No puede casarse ningun ciudadano que no posea su uniforme, sus armas y la Biblia.

En cuanto al poder ejecutivo, fúndase tambien en bases bastante sólidas y bastante claras; cada cinco años la cámara de los diputados se somete á una total renovacion y el consejo ejecutivo á una renovacion parcial. Todo ciudadano es elector; las elecciones se hacen en la iglesia, y los diputados prestan inmediatamente su juramento delante del escudo federal, en donde están escritas estas dos palabras : *Libertad. — Patria.*

La catedral de Lausana parece haberse principiado hácia fines del siglo xv : iba ya á concluirse y solo quedaba por terminar la parte superior de

uno de sus campanarios, cuando la reforma de Lutero interrumpió los trabajos en el año 1536. Su interior como el de todos los templos protestantes, está desnudo y despojado de todo ornato : en medio del coro hay un gran reclinatorio donde en la época en que el calvinismo hizo tan rápidos progresos, acudían los católicos á pedir á Dios que iluminase á sus extraviados hermanos. Acudieron allí por tan largo tiempo y en tan gran número que el mármol desgastado por el roce conserva aun estampada la marca de sus rodillas.

El coro está rodeado de sepulcros casi todos notables, ya con respecto al arte, ya á causa de los ilustres restos que en ellos se guardaban, ya en fin á causa de las particularidades que se refieren en la muerte de los que allí yacen.

Los sepulcros góticos dignos de alguna atención son los del pontífice Felix X, y de Oton de Granson, á cuya estatua le faltan las manos. Ved aquí la causa de esta mutilación.

En 1393, Jerardo de Estabayer, celoso de los obsequios que prodigaba á su mujer, la hermosa Catalina de Belp, el señor Oton de Granson, tomó el partido para vengarse de él y disimular la verdadera causa de su venganza de acusarle de ser el autor del envenenamiento de que estuvo á punto de perecer el conde Amadeo VIII de Saboya.

En su consecuencia presentó solemnemente su queja ante Luis Joinville, bailio de Vaux, y renovándola con grandes formalidades ante el conde Amadeo VIII, ofreció á su enemigo un combate á muerte como testimonio de la verdad de su acusa-

cion. Oton de Granson, aunque debilitado por una herida aun mal cerrada, creyó de su honor no pedir un plazo y aceptó el reto. Convínose que el combate tendria lugar el 9 de agosto de 1393 en Bourg en Bresse, y que cada uno de los combatientes se presentaria armado de una lanza, dos espadas y de un puñal. Convínose además que el vencido perderia las dos manos, á menos que no confesara si era Oton el crimen de que se hallaba acusado, y si era Jerardo de Estabayer la falsedad de la acusacion.

Fué vencido Oton : Jerardo de Estabayer le gritó que confesase que era culpable. Oton no respondió sino alargándole las dos manos que Jerardo le derribó de un solo golpe.

Ved aqui porqué faltan las manos á la estatua, como le faltan al cadáver, porque fueron quemadas por el verdugo como manos de un traidor (1).

Cuando se abrió el sepulcro de Oton, á fin de trasportar sus restos á la catedral de Lausana, se encontró su esqueleto dentro de su armadura con su casco en la cabeza y sus espuelas en los piés; la coraza rota en el pecho marcaba el sitio por donde le habia herido la lanza de Jerardo.

Los sepulcros modernos son los de la princesa Catalina Orlaw, y el de lady Strafford Caning; el lord Strafford obtuvo á causa de su profundo dolor, que su mujer fuese enterrada en el templo. Escri-

(1) El artista que ha hecho el sepulcro ha esculpido dos pequeñas manos sobre el almohadon de mármol que sostiene la cabeza de Oton.

bió á Canova encargándole un sepulcro, recomendando al escultor lo hiciese lo mas pronto posible. Llegó el sepulcro al cabo de cinco meses, precisamente á la mañana siguiente del día en que lord Strafford acababa de pasar á segundas nupcias.

Desde alli M. Pellis, nuestro sabio y amable cicerone nos ofreció hacernos ver la prision penitenciaria; al salir nos admiramos de la maravillosa vista que se descubre desde el llano de la catedral debajo de la cual recostada Lausana, disemina sus casas, siempre poco distantes las unas de las otras á medida que se van separando del centro. Mas allá de estas casas el lago azul terso como un espejo; al uno de los cabos de este lago, Ginebra, cuyos techos y cúpulas de zinc brillan heridas por los rayos del sol, cual los minaretes de una ciudad mahomefana; en fin, en el otro extremo la garganta sombría del Valés que dominan con sus puntiagudos peñascos cubiertos de nieve, el Diente de Morcle y el Diente del Mediodía.

Este llano es el punto de reunion de la ciudad, pero como está descubierto al Occidente, viene siempre de la cima de los montes cubiertos de hielo que rodean el horizonte, un aire sutil, agudo, peligroso para los niños y para los ancianos. En su consecuencia, acaba de decidir el consejo de Estado, que sobre la vertiente meridional de la ciudad se haga un paseo destinado á la vejez y á la infancia, que débiles ambas, ambas tienen necesidad del sol y del calor. Este paseo costará ciento cincuenta mil francos; ¿no es propia esta decision de los éforos de Esparta?

En Suiza no hay ni galeras ni presidios, nay solamente casas penitenciarias. Una de estas es la que íbamos á visitar; así los hombres que íbamos á ver, eran galeotes. Con este pensamiento entramos allí; empero se parecen tan poco aquellas casas á las prisiones de Francia, que nos creimos buenamente en un hospicio.

Hallábanse los detenidos en recreo, es decir, que podían pasearse una hora en un hermoso patio que les está destinado; los vimos desde una ventana hablando por grupos. Hiciéronnos notar que algunos llevaban vestidos con listas verdes y blancas y llevaban una especie de argolla al cuello; estos eran los galeotes.

Fuimos á otra ventana enfrente, y vimos en un jardín mujeres que se paseaban; era el jardín de las Madelonetas, y del San Lázaro vaudés.

Visitamos despues los cuartitos aislados en que duermen los detenidos; eran bonitas celdas que solo tenían de prision las rejas; cada celda estaba provista de los muebles necesarios para el uso de una persona. Tenían algunas hasta una pequeña biblioteca, porque se permite á los detenidos dedicar á la lectura las horas del recreo.

El objeto de estas casas penitenciarias es, no solo separar de la sociedad los miembros que podrían serle perjudiciales, sino que tienen tambien por resultado mejorar la moral de los encerrados allí. En general, los jóvenes franceses condenados á prision ó á presidio, salen de ellos mas corrompidos que cuando entraron; los condenados vaudeses, al contrario, salen mejores. Ved aquí sobre qué base

lógica hace el gobierno descansar esta mejora. La mayor parte de los crímenes tiene por causa la miseria; esta miseria en que ha caído el individuo, proviene, de que no conociendo ningun estado, no ha podido, ayudado de su trabajo, crearse una existencia en medio de la sociedad. Secuestrarle de esta sociedad, retenerle aprisionado por un tiempo mas ó menos largo, y volverle á soltar en medio de ella, no es el modo de hacerle mejor; es privarle de la libertad y nada mas; vuelto á arrojar en medio del mundo en la misma posición que ha causado su primera caída, esta misma posición causará naturalmente otra segunda. El único medio de evitársela, es devolverle á los hombres que viven de su industria bajo un pié igual al suyo, es decir, con una industria y con dinero.

En consecuencia, las casas penitenciarias tienen por primer reglamento el que todo condenado que no sepa un oficio, ha de aprender uno necesariamente, el que él quiera elegir; el segundo reglamento es que las dos terceras partes del dinero que gane en este oficio durante su detención será para él. Un artículo añadido posteriormente completa esta filantrópica medida. Autoriza á los prisioneros para poder enviar una tercera parte de este dinero á su padre ó á su madre, á su mujer ó á sus hijos.

Así, la cadena de la naturaleza rota violentamente para el condenado por una sentencia judicial, se reanuda con nuevas relaciones. El dinero que envía á su familia le prepara en medio de ella una alegre vuelta. El interior de que su corazón tiene tanta necesidad, despues de haberse visto privado

tan largo tiempo de él, le queda abierto, pues que en lugar de volver á él envilecido, pobre y desnudo, el miembro ausente de aquella familia, vuelve á entrar en ella purificado de su pasado crimen por el mismo castigo, y asegurado de su virtud en el porvenir por el dinero que posee y el oficio que ha aprendido.

Varios ejemplos vienen en apoyo de esta maravillosa institucion, lo que recompensa á sus autores: hé aquí notas copiadas del registro de las casas que atestiguan este resultado.

« B..., nació en 1807 en Bellerive, mozo de molino—pobre—ha robado tres medidas de centeno, y ha sido condenado á dos años de presidio.— Su beneficio al cumplir el tiempo y entre los socorros enviados á su familia, era de setenta francos de Suiza (cien francos franceses, poco mas ó menos), además ha salido tejedor muy hábil. »

Debajo de estas líneas, el ministro de la iglesia de la aldea, al volver B..., ha escrito de su puño:

« A la vuelta á Bellerive, este jóven excesivamente humillado por su detencion, se escondió en casa de su padre, no atreviéndose á salir de su casa. Los jóvenes de la aldea fueron á buscarle un domingo á su casa, conduciéndole en medio de ellos á la iglesia. »

« L..., convicta de varios robos,— tres años de reclusion, salió con buenas disposiciones, al volver á su departamento, donde por las noticias favorables que habian corrido en el pueblo, relativas á su excelente conducta durante su detencion, las jóvenes salieron á su encuentro, y despues de ha-

berla besado, la llevaron en medio de ellas á la aldea; su beneficio, ciento trece francos de Suiza (cosa de ciento ochenta francos de Francia), hilandera y sabiendo leer y escribir. »

« D..., condenada á diez años de reclusion, por infanticidio sin premeditacion. — Entró no sabiendo nada, salió instruida, — costurera excelente, con un beneficio de novecientos francos de Suiza (mil doscientos francos de Francia poco mas ó menos), hoy dia ama de llaves de una de las mejores casas del canton. »

¡ No hay alguna cosa de patriarcal en este gobierno que instruye al culpable, y en la juventud que le perdona! ¡ No es sublime la divisa federal puesta en práctica: *uno para todos, todos para uno!* Yo podia citar cien ejemplos iguales, inscritos en el registro de una casa de penitenciaría. Que se consulte los registros de todos nuestros presidios y todas nuestras cárceles, yo desafio aun al mismo Mr. Appert, á que me cite cuatro hechos, que balancen moralmente con los que acabo de citar.

Al salir de la casa de penitenciaría, fuimos á tomar un sorbete, cuesta tres batc (nueve sueldos de Francia) y son los mejores que yo he tomado en mi vida. Se lo recomiendo á todos los viajeros que pasen por Lausana.

Una segunda recomendacion gastronómica que los aficionados no me perdonarian haber olvidado, es la de la *ferra* del lago de Lemán; este excelente pescado no se encuentra mas que allí, y aunque tiene mucha semejanza con el *labaret*, del lago de Neuchatel, y la *sombra de caballero*, del lago de

Bourget, las sobrepuja á las dos en finura. No conozco mas que la saboga del Sena con quien se pueda comparar.

Despues que se ha visitado el paseo, la catedral y la casa de detencion de Lausana; luego que se ha comido en el Leon de Oro la *ferra* del lago, y bebido el vino blanco de Vevay, y tomado en el café que se encuentra en la misma calle que la fonda los sorbetes, lo mejor que se debe hacer es alquilar un carruaje y partir para Villeneuve. Durante el camino, se atraviesa Vevay, donde vivia Clara; el castillo de Blonay, que habitaba el padre de Julia; Clarens, donde se enseña la casa de Juan Jacobo; y por fin, al llegar á Chillon, se divisan á una legua y media, en la orilla opuesta, las rocas escarpadas de la Meilleraie, desde cuya cúspide Saint-Preux contemplaba el límpido y profundo lago, en cuyas aguas estaba la muerte y el reposo.

Chillon, antigua prision de los duques de Saboya, es hoy día arsenal del canton de Vaux, fué edificado en 1250. La cautividad de Bonnivard y su memoria llamaron tanto la atencion, que hasta se ha olvidado el nombre de un prisionero que, en 1798, se escapó de una manera casi milagrosa. Este desgraciado empezó á hacer un agujero en el muro, ayudado de un clavo arrancado de las suelas de sus zapatos, pero salió de su calabozo, para encontrarse en otro mas grande nada mas. Entonces necesitó con la fuerza de sus puños romper una barra de hierro, que cerraba una tronera de tres ó cuatro pulgadas de ancho; la señal de sus zapatos que ha quedado sobre el descanso de la tronera, atestigua

que los esfuerzos que se vió obligado á hacer fueron sobrenaturales. Sus piés, con cuya ayuda se resbalaba, han ahondado la piedra una pulgada. Esta tronera es la tercera á la izquierda entrando en el calabozo.

En el artículo de Ginebra hemos hablado de Bonnivard y de Bertheliet: el primero dijo un día que por la independenciam de su país daria su libertad, el segundo respondió que él daria su vida. Esta doble oferta fué oida, y cuando el verdugo vino á reclamar su cumplimiento encontró á los dos prontos á cumplirla. Bertheliet marchó al cadalso, Bonnivard trasportado á Chillon encontró una cautividad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo extremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció así seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitia, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviria tal vez de nada á la independenciam de su país y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Cómo en una noche tan larga, que ningun rayo de luz venia á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batian el muro del calabozo, ¡Dios mio! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debia despedazarle el

corazon y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceleros, excepto sin duda cuando el cielo desencadenaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdía en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mio, podíais distinguir su grito y su desesperacion; sus carceleros no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado, pues la tempestad entonces se calmaba en su corazon como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oído el día en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decian á la vez:

— Bonnivard, eres libre?

— ¿Y Ginebra?

— ¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazon noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caracteres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus piés para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado,

para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento excepto la de que estuvo encadenado seis años... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermosas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningun ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los piés; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él, y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

BYRON.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
"do 1625 MONTERREY, MICH." 1899